

## SOLIDARIDAD DE LAS DIFERENCIAS

Ramin Jahanbegloo

Albert Camus, escritor y filósofo francés, dijo en una famosa charla a los dominicos en París que *“el diálogo sólo es posible entre personas que siguen siendo lo que son y que dicen la verdad. El diálogo no tiene sentido si no hay verdad. La única base sobre la que puedo construir la comunión con los creyentes de otras confesiones y más es la búsqueda compartida de la verdad”*. Estas palabras de Camus resuenan con fuerza hoy en un mundo de sociedades y culturas en rápida mutación. Sin embargo, cuando Camus aborda la cuestión de la *“búsqueda compartida de la verdad”* está insistiendo en el hecho de que no tiene sentido dialogar si no hay verdad o interlocutores veraces. Además, lo que Camus está diciendo es que la única base sobre la que podemos construir una comunidad de diálogo con los representantes de otras tradiciones y culturas es la búsqueda compartida de la verdad. En un mundo que ha perdido la confianza en el poder de la verdad, creer que juntos podemos vivir en la verdad puede curar intolerancias y enfrentamientos violentos. En palabras de Havel: *“La verdad prevalece para quienes viven en la verdad”*. Muchos liberales le aplaudieron en su momento, pero hoy no tienen el mismo concepto sólido de la verdad para desafiar cuestiones como la violencia, la corrupción y el fundamentalismo. La gente pensaba que el período posterior a la posguerra fría prometía un valiente mundo nuevo de felicidad y responsabilidad moral, pero de repente empiezan a darse cuenta de que es un mundo altamente manipulador y muy peligroso. Y cuando ves los peligros, de repente ves el enorme significado de dar libertad a la verdad sin ninguna responsabilidad. *“Vivir en la verdad”*, es un concepto admirable y necesario que nos propone Havel. Aunque no es definible como una actividad específica, la mejor manera de definirlo es como una revuelta contra la manipulación del sistema existente. Así, aunque vivir en la verdad no es en absoluto un acto político, es el punto de partida de todo acto político en la sociedad. Así pues, el verdadero ámbito del diálogo es aquel en el que se libra una batalla moral entre vivir en la verdad y vivir una mentira.

Vivir en la verdad sustenta una actitud moral hacia la cuestión global de la diversidad y el respeto de las diferencias. Es el acto de negarse a participar en las mentiras cotidianas que son las piedras angulares de los fundamentalismos religiosos y seculares y de las intolerancias. Vivir en la verdad es, por tanto, una estrategia que aboga por un diálogo entre individuos y culturas dirigido tanto a romper el círculo vicioso del odio y la indiferencia como a evitar el efecto destructivo de la acción violenta. Desafiar la indiferencia y la violencia nos lleva a la cuestión de cómo identificar el espacio de la diversidad cultural abarcando un reconocimiento del papel desempeñado por la sociedad civil en la lucha por el pluralismo social y político. La forma de concebir el pluralismo de valores y de responder a las diferencias culturales se encuentra en el centro del espacio esculpido por las políticas de diversidad. Lo que piden las

políticas de diversidad no es un simple acto de tolerancia, sino la afirmación de las diferencias por sí mismas y como forma de facilitar un sentimiento de solidaridad y de compartir. Es algo más que la filosofía del “vive y deja vivir”. Las políticas de diversidad parten de la premisa de que la afirmación de la unicidad de la humanidad va de la mano del derecho al pluralismo cultural y del derecho a las diferencias culturales. La idea central expresada aquí es que el sentido de pertenencia a una cultura mundial sugiere la idea del diálogo intercultural y una reconciliación y gestión de las diferencias culturales, religiosas y étnicas. En otras palabras, cada cultura y tradición sólo puede mantener su identidad dentro de un contexto en el que exista una preocupación por la cultura humana en su conjunto. Es decir, la diversidad sólo puede florecer en un espacio donde exista un reconocimiento general de su valor. Partiendo de este punto, podemos decir con Gandhi que *“Ninguna cultura puede vivir, si intenta ser exclusiva”*. La diversidad cultural presupone formas de convivir y participar en la vida cultural que cada uno elija. La idea de pluralismo cultural o interculturalidad está, por tanto, ligada a la de diferencias globales. El propio concepto de cultura parece haberse ampliado para influir en el de identidad. En consecuencia, la interculturalidad no empieza simplemente donde termina la frontera de un Estado, y el respeto de la identidad cultural puede implicar derechos tanto para grupos como para individuos. Hoy en día, una visión caleidoscópica del mundo ha tomado el lugar de un discurso monolítico lineal, dando lugar a cambios perpetuos en el pensamiento relacional que da forma a nuestro patrimonio cultural común. Este patrimonio cultural común aparece como una vasta red de interconexiones, todas ellas vinculadas en un acontecimiento de co-existir.

La reciprocidad de las diferencias hace que el diálogo sea una necesidad en nuestro mundo, ya que está presente en los intercambios a todos los niveles del ser: a nivel cultural como multiculturalismo, a nivel de identidad como identidades fronterizas y a nivel de conocimiento como espectro de interpretaciones. Si estamos de acuerdo en que el diálogo implica algún tipo de intercambio mutuo de puntos de vista, probablemente podamos concentrar nuestra atención en el lado dialógico de la diversidad. La diversidad, por supuesto, nunca puede celebrarse sin un diálogo ético-hermenéutico en el que los interlocutores busquen un aprendizaje intercultural. Es en este plano donde debemos liberarnos de los malentendidos que emanan de actitudes prejuiciosas envenenadas por una presunción de superioridad. No se trata ni de idealizar ni de rechazar al “otro”. Hay que superar las deformaciones que suelen recibir el nombre de “orientalismo” u “occidentalismo”. Tanto el orientalismo como el occidentalismo son formas de pensamiento basadas en distinciones ontológicas y epistemológicas entre "Oriente" y "Occidente". Tanto el orientalismo como el occidentalismo son estilos de pensamiento basados en distinciones ontológicas y epistemológicas entre "Oriente" y "Occidente". Tanto el orientalismo como el occidentalismo se salen de las fronteras de la diversidad porque deshumanizan al otro, representándolo como el mal. A diferencia de estas dos situaciones, en las que el deseo de venganza va acompañado de la

actitud de devolver injusticia por injusticia, dentro del diálogo ético-hermenéutico diversificado, la confrontación y la contestación no son fines en sí mismos, sino que se ponen al servicio de la armonía ética y la sanación. Permítanme añadir aquí que la celebración de la diversidad es un antídoto contra las guerras del terror y los choques culturales. Es un esfuerzo global en un mundo amenazado por la división cultural. Es un reto no sólo para las relaciones internacionales, sino también para las intranacionales.

Ahora bien, la pregunta que hay que plantearse es: ¿la valorización de la diversidad cultural va en contra del reconocimiento de la identidad nacional? Si entendemos por nacionalismo un terreno común prepolítico que se basa en alguna identidad religiosa, cultural o lingüística y es independiente de la política, podemos decir que siempre ha habido una necesidad de diferencia en el contexto de los movimientos nacionalistas modernos y contemporáneos. Sin embargo, suele ocurrir que la identidad nacional o una comunidad represente una llamada al reconocimiento. Para poder vivir en el registro de la dignidad, una identidad nacional debe estar definida de tal manera que incluya a todos sus ciudadanos y les permita identificarse con ella. Debe dejar espacio suficiente a otras identidades para ayudarles a encontrar su propia adaptación creativa y a participar en los cambios institucionales sin dejar de ser ellos mismos. En otras palabras, no puede haber un proceso de toma de decisiones auténticamente democrático sin un espacio identitario compartido entre las diferentes culturas de una comunidad y entre comunidades. Para gestionar una política de diversidad, una sociedad necesita elaborar y negociar diferentes identidades culturales encontrando una lógica de unión que funcione como un compromiso creativo entre diferentes comunidades. Por lo tanto, en lugar de acentuar las virtudes de una libertad atomista, las políticas de diversidad hacen hincapié en las formas en que los ciudadanos de una sociedad pueden tener un papel más importante en la esfera pública abriendo las fronteras mentales entre representantes de diferentes culturas. En el corazón de estas políticas de diversidad, podemos encontrar una ética de comprensión mutua que promueve el cultivo de valores compartidos entre los ciudadanos. Y lo que es más importante, una ética de comprensión mutua cultiva un sentimiento común de pertenencia a una cultura común interculturalmente constituida, que a la vez une las diferentes identidades culturales y religiosas y respeta sus diversidades. Es decir, no debemos subestimar la capacidad de los seres humanos para dialogar más allá de las fronteras culturales.

Además, una interacción intercultural sólo puede surgir de una cultura del diálogo que tiende a brotar en toda sociedad pluralista en la que la apreciación de la pluralidad cultural permite a los ciudadanos comprender y juzgar otras culturas sin sentirse amenazados ni en peligro por ellas. Puesto que las distintas culturas representan visiones diferentes de la vida buena y sólo captan una parte de la totalidad del destino humano, cada una de ellas necesita de la otra para comprender el sentido de la vida humana. Ninguna cultura es capaz de representar toda la verdad de la vida humana. Esto no significa que respete por igual la libertad humana y los

derechos individuales y que merezcan el mismo respeto, sino que ninguna cultura por muy humanista que parezca es autosuficiente y puede vivir sin otras culturas. No existe una "cultura civilizada cerrada" que proteja celosamente su identidad frente a la influencia de los demás. Sencillamente porque una cultura que teme a otras culturas, que no puede entablar un diálogo con ellas, no está en absoluto en diálogo con su propio pasado, presente y futuro.

Por lo tanto, para dialogar con otras culturas es necesario que cada una de ellas se abra a las demás al tiempo que entabla un diálogo autocrítico consigo misma. El proceso de comprensión mutua permite a una cultura mejorar la autocomprensión de sus propios valores, así como los criterios con los que una cultura critica a otras culturas. Desarrolla lazos de comunalidad entre los ciudadanos con identidades distintivas en una cultura, al tiempo que promueve la solidaridad entre culturas diferentes. Como tal, la apertura a la pluralidad de valores en el espacio público propio permite a los ciudadanos de una cultura abrirse a un abanico mucho más amplio de posibles valores comunes en el ámbito global. Por tanto, aun siendo consciente del arraigo de los individuos en determinadas identidades culturales, lingüísticas o religiosas, las políticas de diversidad están en sintonía con una dinámica intercultural de intercambio cultural. En aras de la claridad, podemos llamar a esta perspectiva "sentido intercultural de pertenencia".

El sentido de pertenencia es el apego primario de una persona a una determinada identidad cultural. Al tener un sentido de pertenencia intercultural, un individuo puede hacer hincapié en la naturaleza maleable y flexible de esta herencia primaria. De ahí que, al encontrarse con representantes de otras culturas y confesiones, el sujeto intercultural sea capaz de tener un mejor sentido de la autointerpretación y la falibilidad de las fuentes morales. Hay que reconocer que se trata de un organismo humano que se siente cómodo en un mundo de identidades religiosas y culturales plurales y que podría llevar fácilmente una vida cosmopolita. La capacidad de tolerar y trabajar con otros que son diferentes de uno mismo como actitud ciudadana, pero también como sentido de identidad, son cualidades de las que debería depender una democracia responsable y justa. De hecho, en una democracia centrada en el diálogo, las políticas de diversidad son un marco adecuado para resolver las disputas entre la mayoría y los grupos minoritarios. Como tales, el respeto mutuo, la actitud crítica hacia el gobierno y el sentido común público contribuyen a crear foros de deliberación política y social compartida y de solidaridad. El objetivo no es sólo cumplir las normas de justicia y libertad individual, sino también evitar la violencia. Además, las formas exitosas de celebrar y gestionar la diversidad también implican promover las virtudes de la ciudadanía democrática e intercultural. Es decir, mostrar respeto por la diversidad es la mayor virtud de la ciudadanía democrática en una sociedad pluralista. Pero también es cierto que un "sentido intercultural de pertenencia" requiere una identidad metanacional que coexista con otras muchas identidades basadas en la religión, la etnia, la raza, la lengua y el género. Cabría preguntarse hasta qué punto es realmente estrecha la conexión entre tener una ciudadanía metanacional

y estar motivado para actuar como ciudadano responsable de una sociedad democrática. Por ejemplo, ser ciudadano de la Comunidad Europea y tener una fuerte identificación con la identidad política compartida de Europa no ha socavado la motivación entre los franceses, los holandeses o los alemanes para actuar como ciudadanos de sus respectivos países. Ni que decir tiene que el buen funcionamiento de las políticas de diversidad no depende de la calidad de los ciudadanos, sino del diseño de las instituciones democráticas. Incluso se podría llegar a decir que un espíritu de ciudadanía imparcial, tolerante e intercultural requiere un principio de gobernanza diferente. Participar en un acuerdo no violento de reparto del poder crea compromisos en favor del bien común de todas las identidades. Por ello, el cruce de fronteras culturales no sólo se refiere a la oportunidad de explorar y experimentar con otras culturas, sino también de cuestionar las creencias y prácticas políticas de la propia. En este sentido, una cultura del diálogo como forma no violenta de organización social es tan esencial para el desarrollo de los seres humanos como el diálogo entre culturas, que facilita la inteligibilidad civilizacional mutua y promueve la solidaridad humana. Para mantener el clima de diversidad, cada cultura debe permanecer abierta a la influencia de las demás. Como tal, la idea misma de vivir la propia vida en la propia cultura presupone aprender a vivir con otras personas de otras culturas. En un mundo más diferenciado, en el que las diferencias raciales, étnicas, religiosas y sexuales están constantemente presentes en nuestra vida cotidiana, la diversidad no sólo tiene que ver con las diferencias culturalmente arraigadas, sino también y principalmente con la solidaridad de las diferencias. Esta solidaridad se basa en el hecho obvio, pero dado por sentado, de que todos los seres humanos y culturas comparten valores comunes en virtud de su pertenencia a la humanidad. Es decir, aunque cada cultura modifique la idea de humanidad, nunca podrá eliminarla del todo. Eliminarla es destruirse a sí misma. Ni que decir tiene que las identidades humanas nunca son una e indivisible, sino siempre plurales e híbridas. Por eso la propia violencia de la política identitaria se hace siempre en nombre de una identidad o nacionalidad y nunca como acción humanista. Pero el reconocimiento de las diferencias se construye sobre los componentes transculturales de cada identidad, elaborados en relación con una idea de humanidad. Como escribe Walt Whitman en sus *Hojas de hierba*: "*Soy grande, contengo multitudes*". La ampliación de los horizontes individuales es una de las características de una identidad transcultural. La reacción de los fanáticos monoculturales ante esta visión sería de alarma y horror. Según ellos, sólo hay una única cultura que representa la vía principal hacia la identidad propia y no existe el patrimonio común de lo transcultural. Pero llegar a través de las vías de la diversidad a lo que se puede llamar una experiencia vital plural no significa dar la espalda a la cultura de origen. Vivimos en un mundo irreversiblemente plural y el fundamento de la coexistencia armoniosa de las diferencias puede encontrarse en el respeto mutuo de la diversidad. Tal mutualidad se basa en el hecho de compartir valores morales convergentes. Y esto supone al menos una relación no violenta y pacífica, como aquella sobre la que reflexionó Bertrand Russell al final de su vida cuando escribió: "*Podría haber un mundo feliz, donde la cooperación fuera más evidente que la*

*competencia..., y donde promover la alegría fuera más respetado que producir montañas de cadáveres. No digáis que esto es imposible: no lo es".* (El último testamento de Bertrand Russell, The Independent, 24 de noviembre de 1993).

Sobre bases filosóficas como ésta podemos pensar en la diversidad y en la posibilidad de realizar la solidaridad entre las diferencias en una comunidad moral mundial. El reto es tener múltiples identidades más allá de los prejuicios nacionales y las intolerancias culturales y religiosas sin perder el propio hogar. Esta apertura puede parecer perturbadora para muchos de nosotros, pero todos debemos resistirnos a la tentación, demasiado familiar, de marcar la alteridad como una amenaza fundamental para la mismidad. Ciertamente, no debemos subestimar el poder de los sentimientos nacionalistas, potencialmente excluyentes, aunque se representen como temporalmente liberadores. La exclusividad comienza con la cohesión y la organización, pero siempre termina con la violencia. Ya que, como sabía Nietzsche, la voluntad de poder es una voluntad no sólo de ser, sino también de ser más. Sin embargo, cuanto más débil moralmente y fracasada es una sociedad, más parece buscar su redención futura en el exclusivismo y en los prejuicios religiosos y nacionalistas. Pero ¿hasta cuándo puede durar la promesa, sin aspiración transcultural y compromiso moral con la humanidad? ¿Cuál es la prioridad de las lealtades, los valores y las responsabilidades en una sociedad monocultural abandonada a su suerte en un mundo de diversidad? ¿Preferiría morir un fundamentalista musulmán, judío o hindú antes que ver cómo su cultura abandona su "pureza" ideológica? Curiosamente, la arbitrariedad de la pertenencia en un mundo plural no puede disuadir la angustia y la violencia de las actitudes fundamentalistas. Como afirmaba Georg Simmel hace casi un siglo *"Los grupos, y especialmente las minorías, que viven en conflicto... suelen rechazar los acercamientos o la tolerancia de la otra parte. El carácter cerrado de su oposición, sin el cual no pueden seguir luchando, quedaría desdibujado"*. (Citado en Eric Hobsbawm, Nations and Nationalism since 1780, Cambridge University Press, 1990, p.175). Así pues, sería un error pensar que las políticas de diversidad son simplemente un sustituto ideológico de las raíces fundamentalistas y los hogares del odio y los prejuicios. Pues la diversidad refleja todos los estragos geopolíticos de nuestro tiempo y representa al mismo tiempo la necesidad de trascenderlos. Aun así, cabe preguntarse: ¿hasta dónde puede llegar la diversidad sin crear violencia entre individuos y culturas? ¿Podría una sociedad tener una auténtica diversidad comprometida con todas las diferencias que le dan forma? Sin duda, mientras no exista un deseo de diferencia empática, las políticas de diversidad no podrán estimular el cuidado y el cultivo de las raíces. De hecho, es la diferencia, no con respecto a los demás, sino principalmente con respecto a uno mismo, la que puede servir de camino a las políticas de diversidad. Como afirma Simone Weil en *Esperando a Dios: "Es necesario desarraigarse. Cortar el árbol, hacer una cruz y llevarla para siempre"*. (Simone Weil: Esperando a Dios, Nueva York, Harper, 1973, p.7). Ciertamente, muy pocas culturas de nuestro mundo pueden, como sugería Simone Weil, desarraigarse tan profundamente y llevar su

sentido de pertenencia como una cruz. Sin embargo, la diversidad, cuando se define adecuadamente como solidaridad de las diferencias, no debería basarse en valores afirmados dogmáticamente, sino en un diálogo crítico y abierto. Aunque el sentimiento cultural de pertenencia es la condición previa necesaria para el florecimiento humano, ninguna práctica cultural duraría mucho si negara a sus miembros una medida de disensión y el derecho a la diferencia. Como tal, la democracia es una cultura de disenso, aunque no implique respeto por las culturas de lo inhumano. Actos de inhumanidad como la tortura, la limpieza étnica, la clitoridectomía, etc., son prácticas inaceptables para la comunidad humana de la ética. Por eso aceptamos ciertos valores morales como valores fundamentales y básicos, aunque seguramente no sean evidentes y estén fuera de toda crítica. Gracias al sentimiento compartido de pertenencia a la humanidad, todas las culturas comparten y entienden estos valores como experiencias vitales comunes. Desde una perspectiva transcultural, ninguna cultura puede agotar todo el abanico de posibilidades humanas. Por tanto, ninguna cultura es el árbitro y legislador final de todos los valores morales, y desde luego no puede imponer su propia experiencia vital a las demás. Lejos de ser una visión universalmente hegemónica, la perspectiva transcultural brinda a todas las culturas e individuos la oportunidad histórica única de pluralizar la identidad humana. Además, cuando entendemos la identidad humana desde este punto de vista, no partimos de la base de que los demás son básicamente como nosotros (y nuestros amigos) o diferentes de nosotros (y, por tanto, nuestros enemigos). Cuando se le permite disfrutar de su licencia a la diversidad bajo una armonía dialógica, es probable que una sociedad genere formas radicalmente novedosas de estructurar las relaciones interculturales que no pueden sino profundizar en la responsabilidad transcultural y la humanidad compartida. Esto nos recuerda que distinguir entre una sociedad que no reconoce la diversidad social y cultural y una sociedad en la que la aceptación de las diferencias va acompañada de formas concretas de comunicación y solidaridad interculturales es un reto fundamental de la vida en común, un reto que aún no se ha afrontado con éxito.